

Aquella mañana Salvador Espriu se había levantado de muy mal humor. Su editor le había exigido que escribiera un artículo sobre el futuro y él odiaba la ciencia ficción.

Enfurecido con el mundo, se arrellanó en su sofá favorito, cogió el periódico y encendió su pipa de la suerte, mientras pensaba en la mejor manera de rechazar su propuesta.

Se hallaba ensimismado pensando en naves espaciales, extraterrestres y mascotas cibernéticas, cuando escuchó unos gritos procedentes del balcón contiguo. Cotilla por naturaleza, Salvador se levantó como un rayo y se asomó discretamente por la ventana. Sus jóvenes vecinos discutían acaloradamente; al parecer, ella se había quedado en paro y tenían problemas para afrontar su hipoteca. La conversación iba subiendo de tono, cuando ocurrió algo insólito.

Salvador se frotó los ojos para asegurarse de que no veía visiones. Después de parpadear comprobó, al borde del pánico, que se trataba de algo muy real. Frente a su casa, flotaba un enorme globo aerostático pintado con colores chillones, en cuyo cesto viajaba una mujer de unos ciento veinte kilos ataviada con un traje de época de color mostaza. Iba excesivamente maquillada y llevaba su cabello negro peinado en un complicado moño lleno de trenzas y flores. Sin previo aviso la mujer empezó a cantar. *Madame Butterfly*, para ser más exactos. Su voz de soprano sonaba como la de un ruiseñor y se escuchaba en todo el barrio, como si llevara un potente micrófono oculto en su garganta. De su boca se escapaban pequeñas volutas de humo negro que adoptaban la forma de notas musicales antes de desvanecerse en el aire. La pareja dejó de discutir en el acto. Cuando la música cesó, él la rodeó con sus brazos y susurró: “Ya nos apañaremos”. Ambos tenían lágrimas en los ojos.

Salvador cogió su abrigo y voló escaleras abajo para contárselo a su mejor amigo, un marinero retirado que regentaba el quiosco de la esquina. Al salir a la calle le faltó poco para arrollar a una niña de unos ocho años que mendigaba descalza frente a su portal. Salvador se detuvo a tiempo y la observó con atención, pues intuía que había algo extraño en ella. En ese momento una mujer pasó entre ambos, hablando a gritos por el móvil. Al ver a la niña, colgó y sacó un billete de cinco euros de su monedero. “Me gustaría darte más”, dijo, forzando una sonrisa, “pero mi hijo está muy enfermo y tengo que ahorrar para su operación”. Al instante estalló en un llanto tan desconsolado que Salvador se sintió tentado de preguntarle si podía hacer algo por ella, pero la pequeña mendiga se le adelantó. Hurgó en su bolsillo y sacó un papel arrugado que entregó a la mujer junto con el billete de cinco euros. “Es un poema de esperanza”, le explicó, “suelo leerlo cuando pienso que el mundo me va a engullir con sus prisas y su indiferencia”. La mujer dejó de llorar en el acto, sorprendida por aquellas palabras tan sabias. Rechazó el dinero pero aceptó el papel. Cuando terminó de leerlo, su rostro había rejuvenecido diez años. “¿Acaso toda Santa Coloma de Farners ha enloquecido de la noche a la mañana?”, se preguntó Salvador, meneando la cabeza. Reemprendió la marcha con aire meditabundo.

De pronto sintió que alguien le empujaba por detrás, haciéndole caer aparatosamente sobre un puesto de manzanas. Cuando se incorporó, vio aterrado a un hombre con aspecto de drogadicto que apuntaba a un anciano con una navaja. Tras entregarle su billetera, el anciano le preguntó amablemente: “¿Qué es lo que le ha llevado a acabar así, hijo? Me gustaría ayudarte”. El atracador se derrumbó en el acto y le resumió su vida en apenas unas frases: alto ejecutivo con cuatro bocas que alimentar, despedido de la noche a la mañana. “Tengo una librería a dos calles de aquí”, comentó el anciano como si tal cosa. “No me vendría mal un ayudante”.

Cuando llegó al quiosco de su amigo, Salvador se sorprendió al hallar a este mucho más viejo de lo que recordaba. Cogió un periódico y ¡cuál fue su sorpresa al leer la fecha impresa en la esquina superior! 26 de mayo de 2026. “Pero, ¿qué...?”. Salvador no entendía nada.

El timbre del teléfono le sobresaltó, devolviéndole bruscamente a la realidad. Se incorporó aturdido y reordenó automáticamente el periódico desmadejado que descansaba sobre sus rodillas. Entonces se fijó en la fecha impresa: 26 de mayo de 1980. Sin pensarlo dos veces, corrió junto a su vieja Remington y tecleó sin cesar durante todo el día. Por la noche, se acomodó de nuevo en el sofá para releer su relato sobre el futuro, que había titulado: “Imagínate en el día 26 de mayo de 2026”. Tal vez no fuese lo que esperaba su editor, pero al fin y al cabo, a Salvador siempre le había gustado la literatura con fondo social.